

A la memoria de D. Leopoldo Torres Balbás

Fernando de Terán, alumno de 5.º curso

El ilustre arquitecto don Leopoldo Torres Balbás, recientemente fallecido, tuvo entre sus importantes actuaciones profesionales una muy destacada y de gran trascendencia para los arquitectos: la de la enseñanza. Torres Balbás fué un gran profesor y por ello, y con independencia del estudio serio y concienzudo que su labor merece y que nos honraremos en publicar en estas páginas, damos hoy, con el pesar que su muerte nos ha producido a todos, estas entrañables cuartillas escritas por un alumno de su último curso.

Entre los múltiples sectores de la sociedad española que deben a la memoria de don Leopoldo Torres Balbás un homenaje ineludible, estamos, y creo que, en primer lugar, por la magnitud de la deuda contraída, todos los que hemos pasado por su aula en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Reciente está aún su jubilación como para que quedemos en los últimos cursos de la carrera alumnos que hemos asistido a sus clases. Nuestra palabra no puede faltar aquí, aunque sólo sea por haber sido los últimos que alcanzamos a disfrutar de su enseñanza.

El elogio y homenaje debidos a su personalidad científica y académica, así como la valoración de su obra, importante y fecunda, queden para voces más autorizadas. Nosotros sólo vamos a recordarle con el emocionado cariño y la honda admiración de discípulos a su maestro.

Vamos a recordarle en primer lugar por su dedicación a la cátedra en la Escuela, donde todos hemos aprendido, más que unos datos o fechas ineficaces e inertes, toda una actitud y sistema para la comprensión de los fenómenos estético-culturales. Llegado el caso, don Leopoldo nos examinaba, por ejemplo, dejándonos hablar libremente ante la imagen conjunta de dos cabezas, la de una Afrodita y la de una Virgen gótica, invitándonos a discurrir sobre técnica y expresión formal de las culturas que representaban. Y si se trataba de una excursión, complemento de la clase al que dió siempre tanto valor y que no abandonó nunca, su magisterio florecía en enseñanzas y sugerencias que lo mismo recaían sobre el monumento histórico, cargado de interés artístico, que sobre la gracia humilde de una ventana con geranios en un muro de tapial.

Su magisterio excedía la enseñanza de la Historia del Arte y de la Arquitectura, y por eso era tanto más fecundo, rico e interesante. Y todo lo hacía don Leopoldo de modo tan llano y sencillo que parecía el espontáneo y bien ordenado cumplimiento de un acto del diario vivir.

Mucha era la erudición acaudalada por don Leopoldo en libros y viajes y mucha la sabiduría que

hacía llegar al alumno. Pero en él, sobre el erudito y el profesor, culminaba el más alto valor de su personalidad moral que nosotros percibíamos en su rectitud, veracidad y desinteresada dedicación. Eran estos valores los que inspiraban confianza y seguridad a cuantos nos acercamos a consultar con él asuntos personales en aquel despacho suyo del Museo Valencia de don Juan. Porque don Leopoldo, tras una apariencia de hosquedad y adustez, guardaba una vena de afecto, buena voluntad, interés y comprensión para los problemas de la juventud y concretamente de sus alumnos. Por eso su figura estuvo siempre al margen, ante nosotros, de toda posibilidad de discusión. Nunca se le imputó un fallo injusto, un raptó de mal humor, una arbitrariedad. Se le sabía justo y sincero, y el que menos, sentía hacia él respeto y admiración. Pocos profesores habrán alcanzado entre sus alumnos un prestigio tan sólido y unánime y hasta un afecto tan real.

El último día de clase, alcanzada ya la jubilación, don Leopoldo se sentó en el borde de la tarima, más cerca de nosotros, y mirando por la ventana, se despidió de nosotros como profesor, con naturalidad y sencillez, sin afectación ni dramatismo, con palabras tan sinceras que el aplauso que le teníamos preparado no llegó a estallar. Un largo silencio siguió a sus palabras, mientras él seguía allí sentado con la mirada perdida a través de la ventana. Y cuando al fin nos dijo que podíamos irnos, lo hicimos en silencio y lentamente, conmovidos hasta lo más hondo, como es posible que él mismo estuviera bajo su tranquilo aplomo e incommovible apariencia.

Desde el Museo Valencia de don Juan siguió en contacto con todos los que quisieron ir a verle allí. Era siempre el mismo y la misma su actitud. Por causas diversas, no llegaron a cuajar algunas iniciativas encaminadas a dar continuidad, en forma de conferencias o cursillos, a su magisterio colectivo. Esto le permitió en cambio dedicarse por entero a su trabajo de investigación.

Y un día se fué para siempre, con sencillez y humildad, como lo hacía todo.